

CARTA IX.

NO ES TAN FIERO EL LEÓN COMO LO PINTAN.

Octubre 23 de 1873.

«Seguí andando, hasta encontrarme con Montenegro, que á su vez se adelantaba hacia mí. Al saludarme me tendió la mano, y me dijo :

—Perdone V. la franqueza con que invado estos sitios; y si me sirve de excusa, confiaré á V. una afición que me domina y que me ha conducido hasta aquí, tal vez indiscretamente.

—¿Acaso (le pregunté) participa V. de mis aficiones?... Allí, al otro lado de la estufa, están mi sala de armas y mi tiro de pistola.

—¡ Oh ! (exclamó con perfecta naturalidad.) Soy á la vez un ser inofensivo é indefenso; no le disputo á nadie el derecho á vivir que á todos nos concede la naturaleza desde el momento mismo en que nacemos, y no sabría qué hacer de mi destreza si poseyera el arte de matar.... ¿Qué quiere V., amigo mio? Quizá es un defecto de mi compleción pacífica; soy filántropo, más aún, kuáker, y hasta prohibiría dar muerte á los animales, por lo menos á aquellos que son inofensivos. Com-

prendo que nuestras mesas perderían sus platos más suculentos, y que se levantaría contra mí el estómago del género humano; pero, á lo menos, respetemos la vida de nuestros semejantes: detesto las guerras y me aflige la pena de muerte.

—En ese caso (añadí yo), debe V. tener el corazón constantemente afligido, porque, si bien es verdad que al fin consolarán á V. de la muerte de los animales inofensivos la sopa de tortuga, el hígado de pato y el solomillo de vaca; por lo que hace á nuestros semejantes, vivimos en una civilización en que las guerras, los asesinatos y los fusilamientos forman el tema obligado de nuestra sangrienta historia. La última palabra civilizadora de nuestro siglo es la *Commune*, cuyos horrores V. mismo ha presenciado en París.

—Sí (me contestó). He presenciado en París los horrores de la *Commune*, y ese espectáculo ha aumentado mi natural repugnancia á la sangre. La sola presencia de las armas me estremece, y en la necesidad de matar, preferiría huir.

¿Hablabas formalmente?... No podía creerlo; su persona se halla acentuada con rasgos varoniles que desmentían sus palabras, y encontraba en la expresión de su rostro una impasibilidad inalterable, que no suele ser propia de los pusilánimes.

En mis observaciones acerca de este hombre, no le habría concedido nunca el valor impetuoso y arrebatado de los temerarios, sino más bien el valor frío, sereno, de los hombres que miden el peli-

gro muchas veces antes de acometerlo, que calculan tranquilamente todas las probabilidades, y que no se juegan la vida más que en el último extremo.

Sus costumbres muelles, opulentas y sensuales alejan toda sospecha de que participa formalmente de las sensiblerías de los filántropos ni de las ridiculeces de los kuákeros. No puedo asegurarte qué religión profesa Montenegro, y me inclino á creer que ninguna; mas si pertenece á alguna de las ciento sesenta y tantas sectas en que se halla dividido el protestantismo, es de toda evidencia que no pertenece á la de los *legumbristas*.

Indudablemente, se burlaba de lo mismo que decía, ó intentaba ocultarme el fondo de su carácter, ó tal vez no fuera más que una mera extravagancia de la conversación. No obstante, le dije:

—Huir suele ser lo más prudente, pero no es siempre lo más heroico; y hay ocasiones en que el hombre se ve obligado á tomarse la justicia por su mano.

—¡ La justicia !....—exclamó, frunciendo el entrecejo.

—Hay casos de honor,—seguí yo diciendo.

Esta última palabra produjo un rápido cambio en su fisonomía, pues desarrugó el entrecejo y se sonrió amablemente.

—El honor (dijo) no existe desde que cada uno lo entiende á su manera: es una preocupación de la Edad Media, que está ya casi desterrada; las dinastías de los caballeros se han convertido en series

de espadachines; el honor no es un requisito excesivamente necesario para vivir con desahogo en el mundo. Este adelanto me parece incontestable. Pero nos alejamos del punto de partida de nuestra conversación; no ha sido mi afición á las armas el motivo que me ha impulsado á entrar en el jardín, sino mi afición á las flores.

Ya ves, distinguido poeta y desdichado filósofo, que no es tan fiero el león como le pintan. Aquí tienes á Montenegro, con toda su novelesca celebridad, confesando con todo el candor de un niño mimado, que el espectáculo de la sangre le aterra, que las armas le asustan y que ama á las flores: no diría más una colegiala.

Por poca perspicacia que me concedas, y en este punto parece que te has empeñado en quedarte con toda, no supondrás que he tomado sus palabras al pie de la letra. No encontré á la mano otra disculpa para excusar su presencia en el jardín, y apelé al recurso de las flores, lo cual te dará á entender que no dispone de una imaginación demasiado pronta y demasiado socorrida. Para mí ha perdido el cincuenta por ciento.

Pensé que Octavia no ve en él más que lo que en el mundo se llama un buen partido, si es que realmente su fortuna corresponde á su fausto; y cansada, por lo visto, de esperar un príncipe ruso, ó por lo menos un lord cargado de libras esterlinas, se ha decidido á conquistar á Montenegro, convencida, al fin, de que los príncipes no se encuentran

detrás de la puerta, ni los lores caen por la chimenea.

Nunca hubiera creído que el mejor medio de conseguir buen éxito en esta especie de negociación matrimonial, fuese el que Octavia había empleado; pero sin duda la urgía apresurar el momento, y preciso es reconocer que el golpe ha sido seguro, pues Montenegro ha caído en las primeras redes; falta saber si caerá en las segundas.

Nadie se resiste á correr las eventualidades de una aventura que halaga al amor propio, porque, al fin, Octavia posee una belleza meridional, tiene talento, y las originalidades de su carácter le dan mucho atractivo; además, hasta ahora se ha mantenido insensible á las pretensiones de que ha sido objeto. Comprendo perfectamente todo el encanto que puede ejercer sobre los hombres. ¡Qué quieres! Desde que escondido detrás de la cortina escuché su conversación con Montenegro, la observo atentamente, y encuentro en ella perfecciones que antes no había notado.

Su natural viveza ha perdido aquel aturdimiento con que todo lo animaba; mas, en cambio, ha adquirido un aplomo majestuoso, que da mucho realce á la gracia de su persona; cualquiera diría, y aun hay quien lo dice, que pretende demostrar con la gravedad de su aspecto la ligereza de su conducta. No tengas duda: Octavia puede inspirar un sentimiento profundo; yo he sacado este convencimiento de mis últimas observaciones.

Pero bien: aun suponiendo que Montenegro esté perdidamente enamorado, ¿adónde puede conducirla la intriga en que se ha metido?... La historia de este hombre es un enigma. ¿Quién nos asegura que no esté casado?

El proceder de esta criatura sería para mí inexplicable, si no viera en ella la ceguedad tan frecuente en las mujeres que se proponen atrapar lo que ellas llaman un buen partido.

Vanidad ó cálculo, ó ambas cosas á la vez: ahí tienes el móvil de su conducta.... Ríete de mí sin misericordia. Yo, hombre de negocios, acostumbrado á conocer todos los tristes secretos de la prosa humana, había llegado á creer, no sé por dónde, que no cabían en Octavia ni la vanidad ni el cálculo. Este chasco merece una silba.

Llevé á Montenegro á la estufa, donde recreó su afición examinando tiesto por tiesto las diferentes especies de flores que contiene.

—¡Oh! (exclamó de pronto): ¡la rosa de te!

—Sí (dije yo); es la flor de moda, y ese es, por de pronto, el primer mérito que la adorna.

—Su mérito es incontestable (me replicó). La timidez de su perfume y la suavidad de sus tintas son dignas de la celebridad de que goza. Las camelias han perdido el pleito. Tiene esta flor algo de la aurora; la luz, al reflejarse sobre la pureza de sus hojas, no sabe qué color tomar, y es, á la vez, blanca, sonrosada y amarilla.

Yo me reía interiormente del entusiasmo con

que admiraba las cualidades de la rosa de te, y me parecía el Sr. Montenegro un niño en el momento en que descubre el juguete más de su gusto. Seguía con mirada burlona los ademanes de su admiración, verdadera ó falsa, pues me parecía tan ridícula, que el novelesco personaje perdió para mí el cincuenta por ciento que le quedaba de su fama.

De repente sentí sobre mis párpados la suave presión de dos manos que me dejaron ciego, y casi al mismo tiempo sonó detrás de mí una carcajada.

—¡Elisa!—exclamé, riéndome yo también de la ocurrencia.

Cuando abrí los ojos porque las manos de Elisa me lo permitieron, Montenegro se hallaba con el sombrero en la mano y el cuerpo inclinado hacia adelante, en la actitud del hombre que saluda.

Esta vez la figura de Montenegro me pareció grotesca, y dirigiéndome á Elisa, que continuaba riéndose, la dije:

—Eres una loca; hace media hora que este caballero te está saludando, y no le contestas.

—Perdone V., amigo mío (dijo, sin dejar de reirse). No había reparado en ello. Pero, ¡ah! (exclamó.) ¿Y Octavia?

Al oír este nombre, Montenegro dejó ver una sonrisa bastante correcta, y se atusó, primero una y después otra, sus grandes patillas.

Octavia entró entonces en la estufa, diciendo:

—Alguna escena graciosa ha debido represen-

tarse aquí, pues he oído las carcajadas de Elisa. ¿Quién ha sido la víctima?...

—Yo,—me apresuré á decir, sin poder contenerme.

—¿Y cómo ha sido eso?—preguntó, al mismo tiempo que saludaba á Montenegro.

—No puedo referirlo con exactitud (dijo éste). Me hallaba distraído contemplando esta bella rosa de te.

—Realmente (añadió Elisa), la cosa no merece la pena de contarse; es una niñería.

—En efecto (dije yo): sorprender á una persona por la espalda y taparle los ojos, no es ciertamente un suceso que merezca los honores de la historia.

Elisa apoyó la mano sobre el hombro de su amiga, preguntándole:

—¿Te acuerdas cuántas veces hacíamos eso en el colegio?

—Sí (le contestó Octavia). Muchas veces lo hicimos, y no me sorprende que hayas recordado en esta ocasión aquel inocente juego de nuestra infancia. Lo que no comprendo es el capricho de estos señores de permanecer en la estufa, donde hace un calor insoportable.

—No es un mero capricho (repliqué yo). El señor de Montenegro profesa particular afición á la jardinería, y ha querido examinar de cerca nuestra colección de plantas.

—Preciosa colección (exclamó á su vez Montenegro). Hay aquí plantas de todas las regiones.

TOMO X.

8

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

—¿Y cuál de ellas (preguntó Octavia) merece más particularmente su atención?

—En este museo de flores (contestó), la rosa de te es la perla de Rafael.

Elisa hizo un movimiento de impaciencia, y dijo:

—He ahí un punto que se puede discutir al aire libre, porque, en efecto, Octavia tiene razón; aquí hace un calor insoportable.

Y diciendo y haciendo, cogió el brazo de su amiga, y juntas salieron de la estufa: nosotros las seguimos.

¿Te parece todo esto demasiado minucioso y poco interesante? Es posible que lo sea; pero ten paciencia, literato impertinente, y ya verás á su tiempo que la rosa de te no es tan sencilla como parece á primera vista.»

CARTA X.

LA ROSA DE TE.

Octubre 24 de 1873.

«Como te decía ayer, salimos de la estufa, ellas dos delante, y nosotros detrás, resueltos á seguir las hasta el fin del mundo; así es que, al llegar al extremo de la calle, torcimos á la derecha, porque ellas también habían torcido en la misma dirección.

Pasaron por delante de la puerta que conduce al interior de la casa, y siguieron adelante; nosotros hicimos lo mismo, y de esta manera dimos dos vueltas al jardín, yendo á parar siempre á la estufa.

En este paseo intenté sondear, no el corazón, sino el bolsillo de Montenegro, por si podía descubrir la oculta mina de su opulencia; pero nada pude sacar en limpio.

Nuestra conversación fué, poco más ó menos, la siguiente:

—Malos tiempos alcanzamos.

—¡Oh!.... ¡Sí!..., muy malos!

—En España parece la ruina inevitable: la última demagogia nos domina, y después de la catástrofe que se acerca, me parece que no podremos decir: «Todo se ha perdido menos el dinero».

: